CFP 037 William Penn — 1677 — ⋯ carta a la Condesa de Falkenstein ...

[[En Julio de 1677, durante su visita a Holanda y Alemania Penn y sus compañeros supieron de esta condesa y de su ferviente deseo de conocer a Dios. Trataron de visitarla, pero el conde, su padre, se lo impidió. Después Penn le escribió esta carta.]]

A la condesa de Falkenstein y Bruck, en Mülheim.

Mi querida Amiga,

Es mi deseo que Jesús, cordero inmaculado de Dios, dolido y crucificado por todos los que obran iniquidad, ilumine tu comprensión y te bendiga, y que esté con tu espíritu para siempre.

Aunque no te conozco, eres muy amada a causa de los deseos de tu alma y de tus anhelos por el Dios viviente. Otros en tu misma condición me han hablado de ti, cosa que ha dejado mi espíritu profundamente conmovido con verdadera ternura, y que me ha hecho sentir un interés muy particular y ferviente de visitarte. Esto se intensifica aun más a causa de la pena y tribulación que has comenzado a sufrir por tu consagración a Dios. Yo mismo desde mi niñez he buscado al Señor y he sufrido mucho por esta causa de manos de mis padres, parientes, amistades, y de los magistrados de este mundo. La memoria de mis experiencias me ha enternecido aun más hacia tu condición. En el dulce sentir de la santa presencia de Dios y la preciosa vida de su querido Hijo en mi corazón, mi alma a menudo ha implorado su Divina ayuda para ti, para que te ilumine en lo que tienes que hacer, y te dé la voluntad de sufrir por amor a su nombre, y que el Espíritu de Dios y de gloria more en tu alma.

De veras te puedo decir que he sentido extendidas hacia ti la bondad de Dios, su santo cuidado y la celestial visitación del amor. Sentí en mi espíritu el encargo de comunicarte una cosa en especial, y por lo tanto he tenido más urgencia para conseguir una oportunidad de hablar contigo. Esto fue: que tengas un conocimiento verdadero, correcto y claro sobre tu propia condición, y sobre *la naturaleza de lo que te ha visitado*. . . .

Quiero que sepas esto con certeza: *La luz de Jesucristo* es lo que te ha revelado las vanidades de este mundo, el vacío y desvanecimiento de toda gloria mundanal, la bendición de los rectos y el gozo del mundo que ha de venir; con esta luz él ha iluminado tu alma. *En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres* (Juan 1:4, 9). . . .

Que te guíe *esto* que te ha visitado: esta Semilla de luz y vida, la Semilla del Reino. De verdad, es Cristo, la verdadera y única Semilla de Dios que visitaba mi alma aun en mis primeros años. Me enseñó todos mis pecados uno por uno, me reprendió, me llenó de congoja piadosa, y a menudo me hizo llorar a solas y decir dentro de mi alma "¡Oh, si yo conociera al Señor como debo conocerlo! ¡Oh, si yo le sirviera como debo servirle!" A menudo tenía gran preocupación en mi espíritu por mi condición eterna, y

lamentándome rogaba que el Señor le diera a mi alma descanso en el gran día de tribulación. Entonces toda la gloria del mundo me pareció una burbuja; de cierto yo no apreciaba nada más que poder ganar a Cristo, porque el amor, la amistad y el placer de este mundo agobiaban mi alma.

En esta condición de búsqueda fui dirigido al *testimonio de Jesús dentro de mi propia conciencia, luz verdadera y resplandeciente, que me da la capacidad de discernir los pensamientos y deseos de mi propio corazón.* Tan pronto fui guiado a esa luz, descubrí que era lo mismo que me había visitado desde mi niñez, aunque no me había dado cuenta clara. Cuando la recibí amándola, esta luz me enseñó todo lo que yo había hecho en la vida, y reprobó todas la obras estériles de las tinieblas, juzgándome como hombre carnal, midiendo a escuadra mi justicia y a plomada de albañil mi rectitud. Y así como por el resplandor de su venida en mi alma me enseñó el hombre de pecado allí en su trono, de esta manera también derrumba el poder y el reino de ese hombre por medio del aliento de su boca que es la espada aguda de dos filos de su Espíritu. Al hacerme testigo de la muerte por la cruz, también me hizo testigo de su resurrección. En buena medida mi alma puede decir ahora, "Estoy justificado en el Espíritu; aunque la condición de condenado a la muerte era gloriosa, la justificación a la vida era, y es, más gloriosa."

En esta condición del Nuevo Hombre, todo es nuevo. He aquí cielos nuevos y tierra nueva! Las cosas viejas pasaron; también el viejo hombre con sus hechos. Ahora nuevos pensamientos, nuevos deseos, nuevos afectos, nuevo amor, nueva amistad, nueva sociedad, nuevos parientes, nueva fe; sí, la fe que vence este mundo en medio de muchas tribulaciones; y también nueva esperanza, esa esperanza viviente cimentada en experiencia verdadera, que perdura en toda tormenta y ve la gloria invisible a ojos carnales en medio de la más grande tempestad.

Expandido con referencia a: *William Penn's Journal of his Travels in Holland and Germany in 1677 in the service of the Gospel* (London: Darton and Harvey, 1835) pp. 71-4.
https://archive.org/stream/williampennsjou00penngoog#page/n86/mode/2up

Para un extracto más amplio sobre la comunicación entre Penn, la condesa de Falkenstein, y su padre véase en raicescuaqueras.org

autores/William Penn/ Carta a la condesa de Falkenstein y encuentro con su padre.
[ó]
https://dl.dropboxusercontent.com/u/23617546/PennWilliam1677FalkensteinHolandaAlemania.pdf